

flancos y retaguardia, no habiendo estratagema que no emplease para derrotarle. Ya hemos dicho que se encontraba en el consejo. Muchos miembros opinaban que concediese Nerón algún descanso á sus tropas fatigadas por las marchas y las vigiliass, y que él mismo tomase algunos días para conocer al enemigo; queriendo por consiguiente aplazar la batalla. Nerón no se limitó á aconsejar lo contrario, sino que instó con viveza. «El éxito de sus planes dependía enteramente de la rapidez, y era hacerles temerarios diferir la ejecución. Un error que no podía durar, había paralizado, por decirlo así, á Aníbal, que no había atacado aún su campamento, que quedaba sin jefe, ni comenzado su movimiento para seguirle. Antes de que se pusiese en camino, podía destruirse á Asdrúbal y regresar á la Apulia. Aplazar y conceder tiempo al enemigo, era entregar su campamento á Aníbal, abrirle el camino de la Galia y facilitarle los medios para que se reuniese como le pluguiese con Asdrúbal. Era necesario dar la señal en el momento mismo, formarse en batalla y aprovechar el error de los enemigos ausentes y presentes, de los que el uno se equivocaba en cuanto á la debilidad, el otro en cuanto al número de las fuerzas de sus adversarios.» Separóse el consejo, se dió la señal y el ejército avanzó en seguida formado en batalla.

Las líneas enemigas se desarrollaban ya delante de su campamento, cuando una circunstancia retrasó el combate. Habiendo avanzado Asdrúbal delante de las enseñas con algunos jinetes, observó escudos viejos que no había visto hasta entonces y caballos muy flacos; y todo el ejército le pareció más numeroso que de ordinario. Sospechando la verdad, mandó tocar retirada en seguida y envió destacamentos al río donde los dos ejércitos tomaban agua, esperando hacer algunos prisioneros y que verían rostros curtidos, indicio de reciente

marcha. Al mismo tiempo hizo examinar desde lejos el contorno del campamento, para reconocer si habían ensanchado el recinto en algún punto, y mandó escuchar con atención si la bocina sonaba una ó dos veces. Diéronle cuenta detallada de todos estos extremos, y como el campamento no había aumentado, Asdrúbal permanecía en la misma incertidumbre. Había dos campamentos, como antes de la llegada de Nerón, el de M. Livio y el de L. Porcio; ni uno ni otro habían movido sus empalizadas para dejar más espacio á las tiendas; pero lo que había llamado la atención al viejo general, que conocía las costumbres de los romanos, era que la bocina no había sonado más que una vez en el campamento del pretor y dos en el del cónsul. Ya no dudó que los dos cónsules estuviesen reunidos. Pero ¿cómo se había alejado uno de ellos de Aníbal? en vano se lo preguntaba. No podía sospechar la realidad y temía que Aníbal se hubiese dejado engañar por aquella empresa y que ignorase dónde se encontraba el jefe, dónde estaba el ejército acampado delante de él; necesario era que un gran desastre le hubiese hecho perder el valor para que no se hubiera atrevido á perseguirle. Por su parte temía haber llegado demasiado tarde en socorro de su poder destruído; actualmente tenía Roma en Italia igual fortuna que en España. Algunas veces se decía que sus cartas no habían llegado á su hermano, y que, habiéndolas interceptado el cónsul, había acudido para destruirlo. Agitado por estas inquietudes, mandó apagar las hogueras, ordenó en la primera vigilia recoger los bagajes en silencio y levantar las enseñas. En medio del desorden y la confusión de la noche, se escaparon los guías, mal vigilados; uno se ocultó en un escondrijo que se había preparado de antemano, y el otro, que conocía los vados del Metauro, cruzó el río. Abandonado el ejército y sin guía se perdió en los campos; rendidos

de fatiga y de sueño muchos soldados se tendieron en el suelo para dormir algo y abandonaron sus enseñas. Asdrúbal mandó á sus tropas que siguiesen la orilla del Métauro hasta que amaneciese. Como seguían los contornos y numerosas sinuosidades del río, volvió incessantemente sobre sus pasos y adelantó poco. Propoñase atravesar el cauce en cuanto las primeras luces del día le mostrasen vado conveniente; pero cuanto más se alejaba del mar, más se estrechaban y más escarpadas eran las orillas del río; no encontró, pues, sitio vadeable, y perdiendo un día en aquella investigación, dió á los romanos tiempo para alcanzarle.

Nerón llegó el primero con toda la caballería; en seguida, Pórcio con las tropas ligeras, cayendo á la vez sobre el fatigado enemigo y hostigándolo. Deteniéndose ya en su retirada, ó mejor aún, en su fuga, se preparaba Asdrúbal á establecer su campamento en una altura inmediata al río, cuando llegó Livio á la cabeza de toda la infantería, no á manera de marcha, sino dispuesta á comenzar en el acto el ataque. Cuando se reunió el ejército y quedaron formadas las líneas, Claudio se colocó en el ala derecha, Livio en la izquierda y el pretor en el centro. Asdrúbal renunció entonces á atrincherarse; viendo inevitable el combate, colocó los elefantes delante del frente de su ejército; cerca de ellos, en el ala izquierda, enfrente de Claudio, dispuso los galos, no porque confiara en su valor, sino porque creía que les temían los romanos. Él mismo mandaba el ala derecha contra M. Licio, habiéndola formado con veteranos españoles, en quienes descansaba especialmente su confianza. Los ligurios ocupaban el centro, detrás de los elefantes; pero su cuerpo de batalla tenía más extensión que profundidad; una colina que avanzaba en la llanura protegía á los galos. Los españoles trabaron la acción con el ala izquierda de los romanos, cuya dere-

cha estaba fuera de la batalla y permanecía inmóvil impidiéndole la colina que tenía enfrente atacar á los galos de frente y de flanco. La lucha, por tanto, estaba reconcentrada en derredor de Livio y de Asdrúbal, y por una y otra parte se hacía horrible matanza. Allí se encontraban los dos generales y la mayor parte de la infantería y de la caballería romanas; allí, los veteranos españoles que conocían la táctica romana, y los ligurios, pueblo endurecido en las fatigas de los combates. Allí estaban colocados también los elefantes, cuyo impetuoso choque rompió al pronto las primeras filas, haciéndolas retroceder, pero á los que no fué posible guiar en cuanto el combate fué más vivo y más penetrante los gritos. Arrojáronse entonces en medio de los dos ejércitos, desconociendo á sus amos y como naves que flotan al azar sin timón. Claudio gritó entonces á sus soldados: «¿Por qué hemos hecho un camino tan largo y tan rápida marcha?» Y en seguida, después de varios esfuerzos para plantar sus enseñas sobre la colina que tenía enfrente, convencido de la imposibilidad de llegar por allí hasta el enemigo, destacó algunas cohortes del ala derecha, á la que veía destinada más bien á la inacción que á combatir; rodeó la línea y cayó sobre la izquierda de los cartagineses; ni estos ni los romanos habían sospechado aquel ataque; y tal fué la rapidez, que apenas se presentó en el flanco, cuando les atacó por la espalda; envueltos así por todas partes, de frente, de flanco y retaguardia, los españoles y los ligurios quedaron destrozados, llegando ya la matanza hasta los galos, cuya resistencia fué muy débil. La mayor parte de ellos estaban lejos de sus enseñas; habíanse dispersado durante la noche y se habían dormido desparramados por los campos. Los que combatían, extenuados por el camino y la vigilia, é incapaces además de soportar la fatiga, apenas tenían fuerza para soste-

ner las armas. Encontrábanse en medio del día, y aquellos desgraciados, abrumados por la sed y el calor, con la boca abierta, se dejaban degollar en masa ó hacer prisioneros.

Muchos elefantes fueron muertos por sus conductores ó por el enemigo. Aquellos conductores iban provistos de un cincel y un martillo, y cuando veían á sus animales enfurecerse y precipitarse en medio de las filas cartaginesas, les introducían el cincel entre las orejas, en la articulación que une la cabeza con el cuello, y lo clavaban con todas sus fuerzas. Este era el medio más rápido que habían encontrado para terminar con aquellas enormes masas, cuando no podían ya sujetárlas. Asdrúbal fué quien primeramente tuvo esta idea. Célebre ya por tantas hazañas, este general conquistó su última gloria en esta batalla. Con sus exhortaciones ó intrepidez para afrontar los peligros, sostuvo á los combatientes; y cuando sus soldados, rendidos de fatiga y desalentados, se negaban á continuar el combate, les reanimó con súplicas y reconvenciones; rehízoles en la fuga, y se le vió restablecer el combate en muchos puntos. En fin, cuando la fortuna se declaró por los romanos, no quiso sobrevivir á aquel brillante ejército que su nombre sólo había arrastrado, y lanzando su caballo en medio de una cohorte romana, murió combatiendo, cual convenía á un hijo de Hamílcar y hermano de Aníbal. En el trascurso de aquella guerra, jamás jornada alguna fué tan sangrienta para el enemigo, pudiéndose la considerar como la revancha de Cannas, tanto por la muerte del general, como por la destrucción del ejército. Cincuenta y seis mil cartagineses fueron muertos, cinco mil cuatrocientos quedaron prisioneros y se recogió inmenso botín de todas clases, especialmente oro y plata, recobrándose más de tres mil ciudadanos romanos, que estaban en poder del enemigo.

Esta fué la compensación de las pérdidas experimentadas en el combate, porque la victoria había costado cara, pereciendo cerca de ocho mil hombres entre romanos y aliados. Tan hartos estaban los vencedores de sangre y de matanza, que á la mañana siguiente, cuando anunciaron al cónsul Livio que un cuerpo de galos cisalpinos y ligurios, que no habían tomado parte en el combate, ó que había escapado de la matanza, huía en masas sin jefes ni enseñas, sin orden ni disciplina, y que una turma bastaría para destruirlo, contestó: «Que vivan para que haya testigos que publiquen su derrota y nuestra gloria.»

Nerón partió en la misma noche que siguió al combate, y con marcha más rápida todavía que la primera, llegó en seis días á su campamento, delante de Aníbal. Las poblaciones no se presentaron en masa á su paso, porque no le había precedido ningún mensajero; pero el regocijo que produjo su regreso se reveló en transportes que llegaban al delirio. Imposible expresar las dos situaciones tan diferentes en que se encontró Roma, cuando la expectación de los acontecimientos mantenía en suspenso los ánimos, y cuando recibió la noticia del triunfo. Desde el día en que se supo la marcha de Nerón, no habían abandonado la curia los senadores, donde les rodeaban los magistrados, ni el pueblo se había alejado del Foro desde la salida hasta el ocaso del sol. Las señoras romanas, en la impotencia de prestar otro servicio, habían recurrido á las plegarias, y repartiéndose por todos los templos dirigían constantes ruegos á los dioses. La ciudad flotaba entre el temor y la esperanza, cuando se extendió vago rumor de que dos jinetes de Narni, llegados del campo de batalla al campamento que defendía las gargantas de la Umbria, habían anunciado la derrota del enemigo. Al pronto este rumor hirió los oídos sin encontrar credulidad en los

ánimos. La noticia era demasiado importante y asaz afortunada para que se pudiese concebir la idea de prestarla asentimiento. La misma rapidez con que había llegado, la hacía sospechosa; decíase, dos días solamente habían transcurrido desde el combate. Pero muy pronto una carta de L. Manlio Acidino, enviada desde el campamento de la Umbria, confirmó la llegada de los jinetes de Narni. Llevaron la carta á través del Foro hasta el tribunal del pretor: los senadores se precipitaron en seguida fuera de la curia, y el pueblo acudió con tanto apresuramiento y confusión á las puertas de aquel palacio, que el mensajero no pudo entrar. Arrastrábanle abrumándole á preguntas, y á gritos se pedía que la carta se leyese en los Rostros antes que en el Senado. Al fin consiguieron los magistrados separar y contener la multitud, y se satisfizo la impaciencia pública con la comunicación de aquella feliz noticia. Las cartas se leyeron primeramente en el Senado, después en la asamblea del pueblo; y según la diferencia de caracteres, unos no dudaban del triunfo, otros no querían creer hasta que oyesen confirmarlo por los legados ó por mensaje de los cónsules.

La noticia de que se acercaban legados, todos los ciudadanos, de toda condición y edad, salieron á su encuentro, deseando verles los primeros, oír de su boca el relato de aquella brillante victoria. La multitud llegaba en apretada columna hasta el puente Mulvio, y en medio de aquel cortejo de ciudadanos, aquellos legados, que eran L. Veturio Filo, P. Licinio Varo y Q. Cecilio Metelo, llegaron al Foro; abrumados á preguntas, lo mismo que las personas de su comitiva, sobre los detalles de la batalla. Y cada cual, á medida que sabía que el ejército cartaginés quedaba destruido, muerto su general, las legiones romanas sanas y salvas y vivos los cónsules, se apresuraba á comunicar á los otros su

regocijo. Trabajosamente se llegó así al Senado, costándole mucho más trabajo separar á la multitud que se mezclaba con los senadores. Después de la lectura de la carta, fueron presentados los legados á la asamblea del pueblo. L. Veturio la leyó allí, y en seguida dió precisos detalles sobre todas las circunstancias. Unánimes aplausos recibieron sus palabras, recibíendolas la asamblea con demostraciones de profunda alegría. Unos corrieron en seguida á los templos á dar gracias á los dioses, otros entraron en sus casas para participar á sus esposas é hijos aquella feliz noticia. El Senado, para mostrar su gratitud porque los cónsules M. Livio y Q. Claudio sin sacrificar sus legiones habían destruido el ejército enemigo y dado muerte á su general, decretó tres días de acciones de gracias. El pretor C. Hostilio anunció esta ceremonia en la asamblea, y á ella concurren multitud de hombres y mujeres. Durante tres días estuvieron llenos todos los templos. Las damas romanas, con largos ropajes y seguidas por sus hijos, dieron gracias á los dioses inmortales como si hubiese terminado la guerra y se viesen libres de todo temor para lo venidero. La situación de Roma mostraba la influencia de aquella victoria; desde entonces, como en plena paz, recobraron su curso los negocios, ventas, compras, préstamos, depósitos, todo se hizo con confianza. El cónsul Claudio, de regreso á su campamento, hizo arrojar delante de las empalizadas enemigas la cabeza de Asdrúbal, que había cuidado de conservar, y llevar consigo; expuso á la vista de los cartagineses los prisioneros africanos cargados de cadenas, y hasta concedió la libertad á dos de ellos, encargándoles que fuesen á ver á Aníbal y á referirle todo lo que había ocurrido. Aterrado Aníbal por aquel golpe que hería al estado y á su familia, dícese que exclamó «que reconocía la fortuna de Cartago.» En seguida decampó y quiso

reconcentrar en el Brucio, en los extremos de Italia, todas sus tropas auxiliares, que ya no podía tener diseminadas sin peligro, y aconsejó á todos los ciudadanos de Metaponto abandonar sus hogares y que marchasen á establecerse en el Brucio, y lo mismo á los lucanos que obedecían á Cartago.

INDICE DEL TOMO CUARTO

LIBRO XXIII.

Revolución de los campanios en favor de Aníbal. — Magón lleva á Cartago la noticia de la batalla de Cannas y los anillos de los caballeros muertos. — Hannón aconseja que se pida la paz á los romanos. Oposición del partido barcino. — Ventaja del pretor Claudio Marcelo. — Las delicias de Capua enervan á los cartagineses. — Sitio y hambre de Casilino. — Admisión de ciento noventa y siete caballeros en el Senado. — Derrota y muerte del pretor L. Postumio. — Derrota de Asdrúbal en España y sumisión de esta provincia por Cneo y Publio Escipión. — Destierro á Sicilia de los soldados vencidos en Cannas. — Tratado de alianza entre Filipo de Macedonia y Aníbal. — Derrota de los campanios por el cónsul Sempronio Graco. — Victorias del pretor T. Manlio en Cerdeña sobre los cartagineses y los sardos. — Caen prisioneros Asdrúbal, Magón y Hannón. — Derrota de Aníbal, cerca de Nola, por el pretor Claudio Marcelo. — Esperanza de los romanos. **Página 5.**

LIBRO XXIV.

Jerónimo de Siracusa abraza el partido de los cartagineses. — Sus súbditos le asesinan. — El procónsul T. Sempronio Graco derrota á los cartagineses mandados por Hannón. — Sitio de Siracusa por el cónsul Claudio Marcelo. — Declaración de guerra á Filipo, rey de Macedonia. — Derrota y fuga del rey. — P. y Cn. Escipión consiguen ventajas sobre los cartagineses en España. — Alianza con Sifax, rey de Numidia. — Derrotado por Masinissa, rey de los masilienses, pasa al país de los maurusios. — Admítese á los celtiberos como aliados de Roma. — Recibe por primera vez la república soldados mercenarios. **Página 81.**

reconcentrar en el Brucio, en los extremos de Italia, todas sus tropas auxiliares, que ya no podía tener diseminadas sin peligro, y aconsejó á todos los ciudadanos de Metaponto abandonar sus hogares y que marchasen á establecerse en el Brucio, y lo mismo á los lucanos que obedecían á Cartago.

ÍNDICE DEL TOMO CUARTO.

LIBRO XXIII.

Revolución de los campanios en favor de Aníbal. — Magón lleva á Cartago la noticia de la batalla de Cannas y los anillos de los caballeros muertos. — Hannón aconseja que se pida la paz á los romanos. Oposición del partido barcino. — Ventaja del pretor Claudio Marcelo. — Las delicias de Capua enervan á los cartagineses. — Sitio y hambre de Casilino. — Admisión de ciento noventa y siete caballeros en el Senado. — Derrota y muerte del pretor L. Postumio. — Derrota de Asdrúbal en España y sumisión de esta provincia por Cneo y Publio Escipión. — Destierro á Sicilia de los soldados vencidos en Cannas. — Tratado de alianza entre Filipo de Macedonia y Aníbal. — Derrota de los campanios por el cónsul Sempronio Graco. — Victorias del pretor T. Manlio en Cerdeña sobre los cartagineses y los sardos. — Caen prisioneros Asdrúbal, Magón y Hannón. — Derrota de Aníbal, cerca de Nola, por el pretor Claudio Marcelo. — Esperanza de los romanos. **Página 5.**

LIBRO XXIV.

Jerónimo de Siracusa abraza el partido de los cartagineses. — Sus súbditos le asesinan. — El procónsul T. Sempronio Graco derrota á los cartagineses mandados por Hannón. — Sitio de Siracusa por el cónsul Claudio Marcelo. — Declaración de guerra á Filipo, rey de Macedonia. — Derrota y fuga del rey. — P. y Cn. Escipión consiguen ventajas sobre los cartagineses en España. — Alianza con Sifax, rey de Numidia. — Derrotado por Masinissa, rey de los masilienses, pasa al país de los maurusios. — Admítese á los celtiberos como aliados de Roma. — Recibe por primera vez la república soldados mercenarios. **Página 81.**

LIBRO XXV.

Pub. Cornelio Escipión, después Escipión el Africano, es nombrado edil antes de la edad.—Entrega por traición de Tarentino á Aníbal; los romanos se refugian en la fortaleza.—Ventajas de los cónsules Q. Fabio y Ap. Claudio sobre Hannón, jefe de los cartagineses.—Magón asesina al procónsul T. Sempronio Graco.—Pretensiones del centurión Contencio Pénula.—Su derrota y muerte.—Derrota de Cn. Fluvio.—Los cónsules Q. Fulvio y Ap. Claudio sitian á Capua.—Claudio Marcelo se apodera de Siracusa.—Muerte de Arquímedes.—Descalabros sufridos en España por P. y Cn. Escipión.—Su muerte y destrucción de sus ejércitos.—Valor y habilidad del caballero romano L. Marcio.—Nómbrenle general..... **Página 153.**

LIBRO XXVI.

Aníbal acampa á tres millas de Roma: avanza hasta la puerta Capena. La tempestad impide el combate.—Los cónsules Q. Fabio y Ap. Claudio se apoderan de Capua. Decapitación de los senadores campanios.—Nómbrense por unanimidad en los comicios general para España á Escipión, hijo de Publio. A la edad de veinticuatro años se apodera en un día de Cartagena.—Atribúyesele origen divino.—Asuntos de Sicilia.—Alianza con los etolios.—Guerra contra los acarnanios y contra Filipo, rey de Macedonia..... **Página 227.**

LIBRO XXVII.

Aníbal derrota al procónsul Cn. Fulvio.—El cónsul Marcelo consigue ventajas sobre Aníbal; le persigue y obliga al combate.—Fabio Máximo recobra á Tarento.—Victoria de Escipión en España.—Prisión del sobrino de Masinisa. Su libertad.—Los cónsules Claudio Marcelo y T. Quincio Crispino caen en una emboscada: muere Marcelo y escapa Crispino.—Victorias del procónsul L. Sulpicio sobre Filipo y los aqueos.—Clausura del lustro y censo de los ciudadanos.—Asdrúbal pasa los Alpes. Los cónsules M. Livio y Claudio Nerón le derrotan y matan.—Gloria de C. Nerón en la jornada..... **Página 311.**

